



PATRIARCA LEZAMA LIMA Y ANTOLOGO GOYTISOLO: DESDE LA ISLA.

LITERATURA CUBANA: JARDINES QUE SE BIFURCAN

Nueva poesía cubana, por José Agustín Goytisolo. Ediciones Península, Barcelona, 1970, 236 páginas. **El mundo alucinante**, por Reynaldo Arenas. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970, 218 páginas.

La mayoría de los países latinoamericanos, con una escasa tradición cultural, escasa tradición trabada, enquistada, avasallada por influencias foráneas que no representan los movimientos interiores de estas naciones, no ha sido pródiga en grandes poetas. Generalmente han dado uno solo, que fagocita con su temblorosa sombra a las generaciones posteriores. En el caso de Cuba, esa gran voz ha sido —es— José Lezama Lima. Pero, afortunadamente para los bardos que vinieron después de él, Lezama Lima agotó su experiencia poética, la abarcó tan limpiamente dentro de sus propios límites, que para continuar su comercio con las palabras hizo un viraje notable y se insertó en el idioma (tan diverso ahora) de la novela, con su *Paradiso* (1966).

El cofundador de la revista *Orígenes* (1944-1954), órgano de creación y difusión de la literatura cubana moderna, junto con *Revista de Avance* (1927-1930), delineó con cinco libros de poemas, entre 1937 y 1962, un universo donde la palabra se pronuncia a sí misma y sólo requiere de la realidad su potencial mítico. Mago de la palabra, *il miglior fabbro*, Lezama urdió un barroquismo verbal de una sutileza exacerbada. Los poetas reunidos por el español José Agustín Goytisolo, nacidos entre 1925 (Rolando Escardó) y 1945 (Lina de Feria), testimonian una contramarcha, un

reflujo de realidad inmediata y sencillez verbal que responde al flujo prístino de Lezama. Pero no se trata de un repudio a esa obra, tampoco de una ruptura, sino, más bien, de la única respuesta posible a esa límpida, perfecta mole de la palabra. Respuesta, además, que ya está concretada en los años 50 con *Vagabundo del alba* de Fayad Jamis, pero que se desencadena definitivamente con la revolución cubana.

Las más altas voces de ese vital reflujo son sin duda Jamis (1930) y Heberto Padilla (1932). En poesía, si no hay revelación, la sencillez carece de sentido; se vuelve mera crónica: no existe el hecho poético. La búsqueda de la inmediatez, de la cotidianidad, entonces, paradójicamente no rescata lo inmediato —la incandescencia del instante— ni lo cotidiano —la multiplicidad de la conciencia ante una avasalladora y contradictoria realidad—. Jamis y Padilla son aquellos que mejor intuyeron estas exigencias y quienes, obviamente, mejor las concretaron. En *Nueva poesía cubana*, Goytisolo incluye ese gran poema de Jamis que se llama "Vagabundo del alba", piedra fundamental de la poesía cubana moderna, que no sólo augura una nueva manera de decir: también prefigura una de las inquietudes proclamadas de la revolución cubana, la de crear un hombre nuevo. Si Jamis testimonia el mensaje de una esperanza indecisa, de un cambio a la convicción de que esa transformación ya está en gestación, Padilla lanza una parábola de un candor revolucionario que se vuelve crítico, alerta. Y más allá de la validez de ambas actitudes humanas, lo que las vuelve im-

prescindibles es una eficacia poética: la eficacia de la revelación.

Algunos poemas de Roberto Fernández Retamar, Roberto Branly y Manuel Díaz Martínez también poseen esa virtud; finalmente, entre los más jóvenes, Nancy Morejón representa un pálido, desechable reencuentro con el flujo prístino de Lezama Lima. Este conjunto de 27 poetas, vistos como una totalidad, promueve un lenguaje poético que antes de Escardó, Branly, Jamis y Fernández Retamar no existía en Cuba, ya que no participan ni del populismo de Nicolás Guillén ni del purismo de Lezama.

En la narrativa cubana, los senderos no se bifurcan del mismo modo, fundamentalmente por un hecho: en esta zona de la literatura de la isla, la figura equivalente de Lezama Lima es Alejo Carpentier, un escritor que aunó, sobre todo a partir de *El reino de este mundo* (1949), una amalgama barroca del lenguaje con una visión mítica de Latinoamérica. La otra figura mayor de la narrativa cubana, Virgilio Piñera, por otra parte, ha urdido una obra "ajena en apariencia a lo social, una verdadera crítica de costumbres contemporáneas" (Ambrosio Fornet), que logra también una cruza (aunque distinta) de lo real y de lo fantástico. Entre la generación más joven de narradores, sin embargo, se puede observar una divergencia, dos caminos que se bifurcan: el del violento, eléctricamente realista Jesús Díaz (*Los años duros*, 1966) y el del hechizado, delirante Reynaldo Arenas (*Celestino antes del alba*, 1967, y *El mundo alucinante*, 1968).

Finalista en el Concurso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba de 1966, *El mundo alucinante* denota una precocidad admirable, ya que Arenas nació en Holguín, provincia de Oriente, en 1943. Crónica literalmente enloquecida de la vida de fray Servando Teresa de Mier, desde la hórrida inquisición mexicana hasta la violenta —y confusa— independencia de ese país, la novela emula los mecanismos literarios de los antiguos (siglos XVI y XVII) libros de viajes. Estos curiosos volúmenes relataban con igual naturalidad los hechos más triviales y los más fantásticos; un candor inextricable les permitía suponer que la realidad si no era miserable era demencial. Del mismo modo, Arenas cuenta —en primera y tercera persona— los avatares de fray Servando —destierros, cárceles, fugas, pobreza, la dudosa gloria final— amalgamándolos con visiones de un Rabelais del hambre, de un Homero de periplos miserables. El clima de irrealidad es por momentos perfecto, ya que todo se vuelve posible. En los tramos finales, sin embargo, Arenas pierde el rigor que sustenta a todo mundo alucinado. Un fracaso menor que no empalidece a la centelleante imaginación de un novelista que no teme ingresar en tierras desconocidas donde la palabra se funde con el mito. ♦

M. P. It.